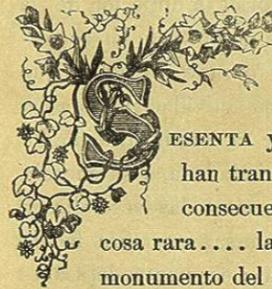


## HISTORIA DE LA BASTILLA.

### I.

Fundacion de la Bastilla.—Hugo Aubriot.—El clero, la Universidad, los judíos.—Muerte de Carlos V.  
—Condenacion y suplicio de Hugo Aubriot.—Insurreccion de los *cotas de malla*.—Libertad de Aubriot.



SESENTA y dos años, cerca de las tres cuartas partes de un siglo han transcurrido, desde que los muros de la Bastilla cayeron á consecuencia de los generosos esfuerzos de los parisienses, y.... cosa rara.... la historia de aquella horrible prision, de aquel espantoso monumento del mas horrible despotismo, está todavía por hacer. Esto no quiere decir que no se haya escrito mucho acerca de la Bastilla; pero por desgracia los escritores que han tratado de asunto tan interesante, tan febricitante, y estamos por decir tan embriagador, no han sabido reducirse á los límites de lo cierto; preciso es confesarlo. Arrastrados por una indignacion, para la que les sobraba fundamento, no han visto ni contado los hechos con esa imparcialidad, con esa calma, con esa serenidad, sin las que nadie puede ser verdadero historiador.

Nosotros que hemos vivido sucesivamente bajo los regímenes monárquico, semi-monárquico, y otra vez republicano: nosotros que hemos sufrido la presión de esas autoridades diversas, entre las cuales no hemos encontrado todavía la única verdadera, digna y grande: nosotros que estamos animados á la vez del amor al pueblo y del temor á las utopías: nosotros que sentimos palpitar con tanta fuerza nuestro corazón al nombre de *fraternidad*, y que vemos con tanto horror la guerra civil, vamos á emprender contar, sin odio, sin miedo, sin pasión de ninguna especie, lo que fueron durante cuatrocientos años esos limbos llamados *la Bastilla*.

No queremos arrojar en el mundo una tea de discordia: queremos levantar una bandera bajo la que quepan todas las gentes honradas. El mundo antiguo acabó: verdad es esta que hasta los mas tímidos se ven obligados á conocer; pero ella no es razón suficiente para juzgar con ligereza y superficialidad de los hechos del tiempo pasado. Seamos justos; pero seamos tambien clementes, porque si nosotros juzgamos á los que han vivido, otros juzgarán á los que viven.

La Bastilla tuvo por fundador á Hugo Aubriot, nacido en Dijon en el siglo XIV. Según las apariencias, era hombre de gran capacidad: sus biógrafos convienen en que se habia captado, con sus luces y talento, la estimación y confianza del duque de Borgoña y del príncipe de Conti, cuya protección omnipotente hubiera bastado por sí sola para la fortuna y elevación de Aubriot, aun cuando no hubiera tenido otro mérito. La firmeza, la resolución, la rectitud y solidez de juicio, son sin embargo cualidades que no se le pueden negar. Su divisa era: "*Quien quiere el fin, quiere los medios.*" Cuando habia decidido algo, nada lo detenía en la ejecución, caminaba en derecha á su objeto, destruyendo y derrocando los obstáculos, y despreciando gritos y amenazas, fueran justas ó no.

Cuando subió al trono Carlos V, se encomendó á Aubriot la dirección de la hacienda pública; tres años después (1367) fué nombrado preboste de los comerciantes de París, primera magistratura de la capital, á la que fué el primero que reunió la de capitán de la misma ciudad. Dotado de una actividad infatigable, se le veía dirigir trabajos de todas clases y regularizar la administración, de suerte que, al mismo tiempo que organizaba la guardia ciudadana, á su eficacia debía París la limpieza de las inmundicias aglomeradas en todas sus calles y plazas públicas: imaginaba y hacia construir conductos subterráneos para facilitar la salida de las aguas acumuladas en el camino público: el puente del Cambio y el de San Miguel eran construidos simultáneamente; y se levantaban lienzos de pared para poner á cubierto á parte del arrabal de S. Antonio de los desbordamientos del Sena. Aubriot hizo construir tambien el Châtelet chico, especie de fortaleza destinada á reprimir las incursiones desastrosas de los estudiantes de la Universidad, corporación turbulenta, audaz y terrible, casi siempre en guerra con la clase media.

Por último, el 22 de Abril de 1369, formó Aubriot el plano de la Bastilla. Dos

torres existían ya en aquel sitio: se levantaron otras dos, que se reunieron á las primeras con paredones sólidos, y se denominó todo BASTILLA, nombre que se daba antiguamente á las fortalezas construidas *extra-muros*.

Ya hemos dicho que Aubriot tenia la costumbre de caminar en derecha al objeto propuesto, sin inquietarse por los obstáculos. Este método no podía menos de concitarle numerosos enemigos, y pronto se declararon en su contra dos de los poderes mas temibles de aquella época: la Universidad y el clero.

Los estudiantes no podían perdonarle la construcción del pequeño Châtelet, en cuyos calabozos habian sido encerrados por orden del preboste algunos de ellos, cojidos en flagrante delito. El clero por su parte estaba furioso, al ver que las rentas de la ciudad, empleadas ántes en funciones piadosas, se consagraban entonces á obras, cuya utilidad negaba.

A estos agravios agregó otro no menos grande. Los judíos, en aquel tiempo de ignorancia y superstición, eran tratados como parias: Aubriot les hizo devolver sus hijos, que se les habian quitado para bautizarlos. El clero lo declaró impiedad, la Universidad tiranía: Aubriot opuso á las peligrosas y absurdas pretensiones de los sacerdotes la valerosa imparcialidad del magistrado.

Desde ese momento se resolvió su pérdida: el huracán que rugía sordamente, no podía tardar en estallar. No faltaba mas que un pretexto para romper las hostilidades, y poco tardó en encontrarse.

Corría el año de 1380: Carlos V, que habia sido el protector poco ilustrado de la Universidad, acababa de morir, y se estaban preparando sus funerales. Escitados por la acción oculta del rector, los estudiantes quisieron colocarse en aquella ceremonia ántes de la escolta del preboste y de los regidores. Aubriot, que nunca se andaba por las ramas, puso presos á los mas alborotadores. En el acto circulan voces siniestras, afirmándose que casi en el acto han sido degollados en los calabozos del Châtelet chico.

Al día siguiente se presenta al duque de Anjou, regente del reino, una diputación de la Universidad, á cuya cabeza va Juan de Roncé, doctor en Teología encargado de llevar la palabra.

La Europa cristiana estaba entonces dividida por el gran cisma llamado de Occidente: dos papas, Urbano VI y Clemente VII, se disputaban el trono de S. Pedro. Como la Universidad sostenía á Urbano VI, Juan de Roncé comenzó su arenga pidiendo la convocación de un concilio general que pusiera fin al cisma que dividía á la Iglesia; y animándose en seguida, quejase de la aprehensión de los estudiantes, y pide con la mayor audacia que sean puestos en libertad, declarando que si no se accede á tal pretensión, suspenderá la Universidad sus lecciones.

El duque de Anjou escucha la arenga de principio á fin: despide friamente á la diputación, y dá orden á Aubriot de que prenda al descarado orador. Aquella misma noche, Juan de Roncé estaba encerrado en el Châtelet chico. Cabal-

mente eso era lo que queria la Universidad, la cual declaró que se cerrarian las clases hasta que obtuviera reparacion, pidiendo al mismo tiempo una audiencia al regente.

Otorgada por este, se verificó á los dos dias de preso Roncé, en el salon grande del palacio, donde recibian los reyes de Francia á los embajadores. El duque de Anjou estaba sentado tras de la famosa mesa de mármol de que hablan todos los historiadores, con el canciller Dormans á su derecha y el preboste Hugo Aubriot á su izquierda. El canciller fué el primero que tomó la palabra para leer un edicto que abolia los impuestos establecidos por Felipe el Hermoso, y en que se reconocia que la nacion francesa no podia ser obligada á pagar sino los consentidos libremente por ella.

Aquella era una especie de precaucion oratoria con que contaba mucho el regente; pero otro era el asunto interesante, y el rector de la Universidad lo recordó, pidiendo que fuese puesto en libertad inmediatamente Juan de Roncé, y declaró de nuevo que las clases no se abririan hasta que se hubiera dado esta satisfaccion.

—Pues bien,—contestó el regente,—que Juan de Roncé reconozca al papa Clemente VII, y será puesto en libertad.

El rector replicó con audacia que ese era un negocio de conciencia, con el que nada tenia que ver la autoridad real. Entónces Aubriot, con permiso del regente, se paró para llamar al rector al órden; pero en el acto el enjambre de estudiantes que llenaba la sala, se puso á gritar: *Mueran los judíos! . . . Abajo los judíos! . . .* En seguida, enmedio del tumulto, se acercó uno de aquellos á la mesa de mármol, hizo seña de que callaran, como se verificó al punto, y con voz solemne dijo:

—Acuso á Hugo Aubriot, preboste de Paris, por sus costumbres impías y disolutas: lo acuso de tener por querida á una muger judía: lo acuso de haber maltratado y pisoteado la imágen de Cristo; y pido que comparezca ante el tribunal del obispo.

No bien acabó, cuando se renovaron los gritos de: *Mueran los judíos! . . . Mueran los judíos! . . .*

Patente fué á Aubriot de donde venia el golpe.

—Es una sedicion,—esclamó.—Ese hombre es el emisario de los infames que han jurado mi perdicion, para castigarme por haber servido á la Francia y al rey; pero ya se las compondrán conmigo los impostores y los traidores. Cójame á ese miserable.

Aunque dada con voz firme, no fué oida esta órden, por subir cada vez de punto los gritos de: *Abajo los judíos! . . . Mueran los judíos! . . .*, los cuales no cesaron hasta que hizo una seña el estudiante, el cual replicó estendiendo la mano hácia el preboste.

—El miserable eres tú . . . tú, el infame renegado; tú, el vil sostenedor de los verdugos de Cristo!

Volviéndose luego al gentío que se agolpaba tras de él, gritó:

—Raquel, ha llegado el momento de hacer oír el grito de la verdad.

Entónces una muger jóven y hermosa, con el rostro encendido, los ojos inflamados, los vestidos descompuestos, salió de entre los concurrentes, se acercó á la mesa de mármol, y con voz estridente, dijo dirigiéndose al preboste:

—Sí, Aubriot, por complacerme has renegado de tu Dios: delante de mí has abofeteado y pisoteado al Cristo. Estabas entónces ébrio de amor y te arrastrabas á mis piés; pero yo no pensaba sino en la venganza, y en la pieza contigua á la en que te entregabas á tales infamias, habia dos testigos que te veian y te oian, porque el hombre que yo amaba, el ídolo de mi corazon, el único que me habia hecho amar la vida, habia caído en manos de tus esbirros; tú lo habias hecho enterrar vivo en uno de los sepulcros de tu Châtelet, y allí habia fallecido. Y no te atreverás á acusarme de impostura, porque no se miente á la hora de la muerte, y yo ansío reunirme al desgraciado que asesinaste.

Al hablar así, saca un puñal que llevaba escondido, se da dos puñaladas, cae al suelo y espira sin proferir una queja.

El regente, atolondrado, se volvió hácia el canciller, que le dijo en voz baja:

—Monseñor, no estais aquí en seguridad, y el preboste tiene la culpa: entregadlo al obispo, y que los judíos, de quienes se ha hecho protector, salgan como puedan del paso. Lo peor que les sucederá es, que los saqueen, en lo cual podrian salir aprovechados muchos hombres de bien.

Aubriot oyó parte de estas palabras y comprendió que estaba perdido, porque todos los grandes señores de la corte, y el regente mismo, eran deudores de judíos ricos, y acababan de entrever el modo de pagar sus deudas sin meter mano á la bolsa. El desgraciado preboste se disponia sin embargo á tomar la palabra; pero se lo impidió el regente, que dijo volviéndose hácia él:

—Daos á prision y ante el obispo de Paris responderéis de la acusacion interpuesta contra vos.

Dirigiéndose luego al rector de la Universidad, le manifestó que su peticion estaba otorgada, y que Juan de Roncé sería puesto en libertad. Entónces se renovaron los furiosos gritos de *Mueran los judíos*: unos guardias se llevaron á Aubriot, y el duque de Anjou se retiró con su comitiva.

“Aquel dia, dice un cronista de la época, la canalla cayó con furia sobre una calle en que habia cuarenta casas de judíos, que las habitaban con el permiso y bajo la salvaguardia del rey. Cada cual se cogió lo que mas le plugo, no faltando quienes tuvieran la crueldad de acabar con cuantos judíos encontraron: la carnicería habria sido todavía mayor, si no se hubieran refugiado á toda prisa en el Châtelet. Las mugeres se entregaron á merced de aquellos bárbaros, que no contentos con desbalijarlas, les quitaron á sus hijos para llevarlos á bautizar á la iglesia. El rey se molestó sobremanera con esta insolencia, y miéntras se le presentaba ocasion de castigarla, se contentó con restablecer á los judíos en sus casas, y con mandar publicar á son de trompa en todas las encrucijadas, que se

“les devolviera so pena de la vida cuanto se les habia cojido. Pocos fueron los que “obedecieron.”

Como al preboste no podia juzgarlo mas que el parlamento, este hubiera podido reclamar el conocimiento del negocio; pero no lo hizo, y Hugo Aubriot fué citado ante el tribunal eclesiástico, establecido para reprimir los delitos de religion. He aquí la acta de acusacion y la condenacion del infeliz preboste, tales como las refiere en su *Historia de Carlos VI*, Juvenal, arzobispo de Reims.

“Se hicieron indagaciones secretas acerca de su gobierno, y de su vida, que era muy disoluta y deshonesta en todo lo malo; en engañar mugeres, á unas por fuerza, á otras con dinero, dádivas y promesas; en tener ayuntamiento carnal con judíos; en no creer en la santidad del sacramento del altar, del cual se burlaba; en no confesarse, y en ser muy mal católico. Habia incurrido en varias y diversas heregias, y no temia poder alguno, porque estaba muy bien quisto con el rey y los señores. Los clérigos que lo juzgaron, lo consideraron digno de ser quemado; pero á petición de los príncipes no le fué aplicada esta pena, limitándose el castigo á ser amonestado y reprendido públicamente en el átrio de Nuestra Señora por el obispo de Paris, vestido de pontifical, que lo declaró de la ley de los judíos y despreciador de los sacramentos eclesiásticos, aplicándole la sentencia de excomunion que tanto tiempo habia despreciado, y condenándolo á prision perpetua á pan y agua.”

La sentencia fué ejecutada, y Aubriot tuvo el dolor de verse encerrar el 1.º de Mayo de 1381 en los calabozos de la Bastilla, que él mismo habia mandado construir. No paró en eso la venganza de sus perseguidores: cuando se juzgó que habia sufrido bastante en los subterráneos de la Bastilla, se le trasladó á los del pequeño Châtelet, que tambien habia hecho edificar.

Todo parecia acabado para el infeliz; pero la avidez, la rapacidad del regente lo salvaron. El duque de Anjou no tardó en revocar el edicto en que habia abolido los impuestos establecidos por Felipe el Hermoso, lo cual fué para los parisienses un nuevo motivo de agitacion. La insurreccion estalla. El rey y el regente se refugian en Ruan, que no abre sus puertas sino despues de una resistencia bastante tenaz. Paris se enfurece: los receptores y los adjudicatarios de los impuestos fueron asesinados. Luego, como sucede siempre en tales casos, los alborotadores se contienen; se preguntan donde están los gefes, y no encontrándolos, se ponen á buscarlos. Tal vez no se hubieran acordado del pobre Aubriot, enterrado vivo en los calabozos que le debian la existencia; pero los insurrectos habian debido sus triunfos á las mallas de plomo y fierro que el antiguo preboste habia aglomerado en las casas consistoriales y en el arsenal, con el objeto de armar la poblacion contra una invasion enemiga, si llegaba á haberla, y algunos, al apoderarse de aquellas armas, habian gritado: *Viva Aubriot!* Los de las mallas recordaron entónces que Aubriot habia limpiado la ciudad de mendigos, abierto talleres públicos, saneado la poblacion, fundado establecimientos útiles. Su nombre resonó por todas partes: todos lo quisieron por gefe: corrieron

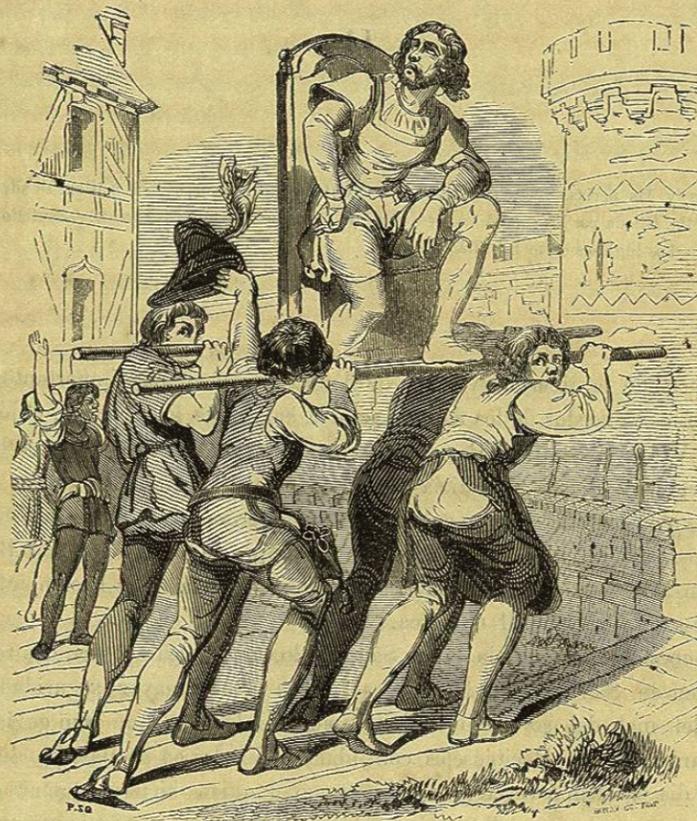
á su prision y penetraron hasta donde estaba el desgraciado preso, al que encontraron muriéndose; pero el júbilo de sus libertadores, el aire puro que respiró cuando lo sacaron á la superficie del suelo, y acaso en parte el deseo de venganza, le hicieron recobrar prontamente todas sus facultades.

—Y bien, hijos,—preguntó cuando le fué posible hacerse oír,—qué queréis de mí?

—Que seais nuestro gefe.... Aubriot!.... *Viva Aubriot!*

—¡Ah amigos míos,—repuso el preboste,—qué tardío es ese impulso de agradecimiento!.... Por qué no estábais animados de iguales sentimientos cuando hacia edificar la Bastilla para defender á Paris contra los ingleses?

—La Bastilla!.... la Bastilla!—gritaron diez mil voces;—sí, la Bastilla es su palacio: allí debe ponerse su trono.... A la Bastilla!.... A la Bastilla!



Veinte brazos vigorosos levantan á Aubriot por alto, para llevarlo en triunfo á esa fortaleza, en la que ha sido el primer preso. Allí es rey: allí manda; pero no se hace ilusion, sabe lo que puede durar esa popularidad obtenida tan espontáneamente, y no tarda en sentir la pena de ver á los mas escaltados callarse y desaparecer. Presintiendo entónces el fin próximo de la rebelion, toma cor-

riendo, y con no poco juicio, el camino de Dijon, su ciudad natal, donde murió en una edad muy avanzada.

Aubriot no era ciertamente un hombre vulgar, y no sería justo anatematizarlo, porque es bien notorio que no había querido hacer de la Bastilla mas que una fortaleza. Verdad es que la tiranía, como vamos á verlo, no tardó en destinar ese castillo á lugar de suplicios; pero ah! cuál es la cosa buena que las pasiones humanas no convierten en mala? Díganlo los pensadores.

## II.

Los monges y las perlas.—El superintendente Montagu: sus consejeros: su prision: su suplicio.—La Bastilla, sitiada por los *cabochianos* y defendida por el preboste des Essarts.—Suplicio de des Essarts.—Los ingleses en la Bastilla.

Después de la libertad y huida de Aubriot, se efectuaron importantes acontecimientos. Vencedor de los flamencos en la batalla de Rosebecque, el jóven rey (Carlos VI) había vuelto á Paris como conquistador, desarmado á sus habitantes, privándolos de sus franquicias, perseguido severamente á los de las mallas, y hecho con los que cayeron en sus manos numerosas y sangrientas ejecuciones. Posteriormente se había vuelto loco, y el duque de Orleans y el de Borgoña, Juan sin Miedo, se disputaban el poder, mientras los médicos hacian infructuosos esfuerzos por curar al monarca.

Entónces fueron al palacio de San Pablo, residencia del rey, dos religiosos del orden de San Agustin, los cuales dijeron con la mayor seguridad, que la causa del mal del soberano les había sido revelada, y que eran enviados por Dios para sanarlo. Recibióselos con júbilo: alojóselos en la Bastilla, de donde día por día pasaban á ver al príncipe enfermo, á quien hicieron tomar diversas bebidas, preparadas por ellos mismos, y en las que, según decian, entraban de ingredientes el oro que tenían la destreza de hacer potable, y perlas destiladas.

El tratamiento era muy costoso, y según las trazas se hubiera acabado con todo el oro y las perlas del desgraciado monarca: no pasaba un solo día sin que los frailes renovaran sus esperiencias, y en cada una había que ministrarles nuevas dosis de esos objetos preciosos, sin que se notase mejoría alguna en el estado

mental del príncipe. Al fin se supo que los dos religiosos se estaban pasando vida regalada en la fortaleza en que estaban alojados; y como la enfermedad del rey había aumentado en vez de disminuir, se dió orden á des Essarts, preboste de Paris, sucesor de Aubriot, de que asegurara sus personas, á fin de que la justicia pudiera examinar su conducta. La Bastilla, que les servia de habitacion, se convirtió en su cárcel: se les comenzó á formar causa, y fueron acusados de engaño y crimen de lesa magestad, acusacion que parecia suficientemente justificada, por haber hecho últimamente incisiones en la cabeza de Carlos, de las que habían resultado dolores intolerables, que habían puesto su vida en peligro.

Hay que advertir que Pedro des Essarts era uno de los mas ardientes partidarios del duque de Borgoña, á quien servia de todos los modos posibles para ayudarle á derrocar al de Orleans.

—Me parece,—le dijo un dia Juan sin Miedo,—que no hay otro arbitrio para deshacernos de él, que el de una buena estocada.

—El arbitrio sería peligroso, monseñor;—respondió el preboste.

—Se te ocurre otro mejor?

—Tal vez sí, monseñor. Si por ejemplo se pudiera convencer al duque de Orleans de haber atentado contra la vida del rey, y de ser la causa del lastimoso estado en que se encuentra hoy S. M....

—El golpe sería magnífico; pero me parece difícil de dar.

—Pues bien, dejadme intentar; y si no lo consigo, siempre habrá tiempo de recurrir al otro medio.

—Consiento; pero date prisa, porque me urge el desenlace.

Entretanto los dos frailes, encerrados en el mismo cuarto, se creían perdidos, porque varios testigos habían comprobado sus excesos, y parte de las perlas que se habían hecho dar, se habían encontrado en manos de mugeres de mala vida. Una noche, en medio de la oscuridad mas profunda, hablaban los desgraciados de los tormentos que tendrían que sufrir, y se desesperaban, cuando una voz formidable, que parecia salir de las entrañas de la tierra, pronunció estas palabras:

—Escuchad: seguid el consejo que se os va á dar, y salvaréis la vida.

—Ah!—esclamó uno de ellos,—sería posible que pensara alguien en salvarnos!

—Sí,—contestó la voz,—os salvaréis, si declaráis mañana en el palacio de San Pablo, adonde seréis llevados, que os ha cohechado el duque de Orleans para atentar á la vida del rey, y que él os dió el veneno que habeis echado en las bebidas destinadas á S. M.

—Pero me parece,—replicó el otro fraile,—que eso no puede servir sino para hacer mas inevitable nuestra perdicion, porque es imposible que se perdone á hombres que se declaran culpables de tan gran crimen.

—No comprendéis,—respondió la voz,—que quien es bastante poderoso para daros tal consejo en este lugar y á esta hora, lo será tambien para romper vuestros grillos y abrir las puertas de vuestra prision? Reflexionadlo: no teneis en lo absoluto otro camino de salvacion.